



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN EMMA

Explora la belleza de los amores imperfectos y la vida real con la Colección Emma, un tributo a las conmovedoras historias de amor de Jane Austen llenas de autenticidad y encanto.



Rachel Green

"En el juego del amor, yo apostaría mi mejor hueso a que ellos dos finalmente se encontrarán en la misma página, aunque ahora estén merodeando por capítulos distintos".



THE ORLANDO BOOKS



Alaska

"Si ellos dos fueran un libro, serían una comedia romántica con demasiadas páginas en blanco esperando a ser rayadas".

Ilustraciones de Val García Durán

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS



COLECCIÓN EMMA

ENTRE LIBROS

CHIARA F. CITTERIO



ENTRE LIBROS

CHIARA F. CITTERIO



Chiara F. Citterio

Conocida internacionalmente como Chiara Francia, debutó en el mundo literario a los 16 años y ya cuenta con cinco libros que son una invitación a aventuras inolvidables. Con Chiara, es como si los personajes saltaran de las páginas para contarte sus historias en persona, con una taza de café en mano, y bajo un cielo estrellado. Es como descubrir el libro perfecto en una librería, justo cuando más lo necesitas. Descubre por qué sus libros se han convertido en un must para los amantes de la buena literatura.

@chiarafranciac

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS





THE ORLANDO BOOKS

Dirección general y editorial: Marcela Citterio

Edición: Mónica Deleis

Corrección: Silvia Caghione

Ilustraciones de cubierta e interior: Valeria García Durán

Especialista en diseño y producción de libros: Valeria Miguel Villar

Gerente de Alianzas editoriales y supervisión de contenidos: Marcela Aguilar

Jefa de producción: Angela Ardila

Producción Artística: Chiara F. Citterio

CFO: Rolando Falcone

y

Creativo digital & estrategia y comunicación: L. A. Zabрана

©Chiara F. Citterio, 2024

©The Orlando Books, 2024

www.theorlandobooks.com

Primera edición: marzo de 2024.

ISBN: 978-631-90327-2-7.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Chiara Citterio, Chiara

Entre libros / Chiara Francia Citterio - 1ª ed. - Caseros : The Orlando Books, 2024.

264 p. ; 22 x 15,5 cm.

ISBN 978-631-90327-2-7

1. Comedia. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD A863

Todas las derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

Este libro se terminó de imprimir en marzo de 2024.

Linegrafic S.R.L. División Editorial. Ciudad de Buenos Aires - Argentina.


ENTRE LIBROS

CHIARA F. CITTERIO



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN EMMA



Para mi mamá, que me enseñó a soñar
y me dio alas para hacerlo.
Sos mi guerrera favorita y mi mayor inspiración.



Escanea el código QR y disfrutá la *playlist* del libro en Spotify.

*La literatura existe en tanto esfuerzo por decir
lo que el lenguaje corriente no puede decir.*

T. TODOROV



CAPÍTULO 1

CECILY

Cecily baja del colectivo 166 y comienza a caminar por la calle Honduras. Es marzo y ya el calor se está yendo de a poco. Lleva los auriculares puestos, y en sus oídos suena Somebody Else, de The 1975. Sus ojos no están fijos en la calle, sino en el libro que tiene en las manos. Es Mujercitas, y se propuso leerlo una vez al año ya que es su favorito. Va por la cuarta lectura. Y sí, lee mientras camina porque, a pesar de que conoce la historia casi de memoria, no puede soltarlo.

Se acerca al cordón de la vereda y aún distraída mira hacia un costado y comienza a cruzar la calle, pero olvida chequear en el sentido contrario. Una bicicleta pasa rápido por la bicisenda y la embiste, tirándola al piso.

—¡Fíjate por dónde caminás! —le grita el ciclista, y desaparece.

Cecily se levanta con cierta torpeza, es una chica muy alta como para que alguien no la vea. Mide un metro y setenta y ocho, y es rubia con rulos: definitivamente no pasa desapercibida. El ciclista podría haberla evitado a pesar de su distracción, pero para cuando piensa qué decirle, ya desapareció de su vista. Se limpia la pollera de jean con las manos y continúa su camino. No piensa dejar que nadie empañe hoy su ánimo. Esta vez decide cerrar el libro para llegar a su destino a salvo. Da unos pasos más y se detiene frente al edificio que exhibe un gran cartel: Editorial Salinas.

Su corazón galopa con fuerza, apenas tiene veintiún años y ya consiguió trabajo en una editorial. Y no cualquier editorial, sino su favorita. La que tiene los libros más especiales, con tapas preciosas e historias que te arrebatan el corazón.

Mañana será su primer día y quería averiguar cuánto

tardaría en llegar. Mira su reloj y chequea que, efectivamente, son cincuenta y cuatro minutos. Saca el celular de su cartera celeste y les manda una foto a sus mamás, Isabella y Helena.

Siente el corazón hecho un nudo por los nervios, esta es la oportunidad de su vida y no quiere desperdiciarla. Solo espera poder superar su timidez, sabe que tiene problemas para soltarse con la gente. Ojalá no tenga que interactuar con tantas personas.

Se da vuelta y ve una librería. *Perfecto*, piensa. Su lugar seguro es una librería, y que frente a su nuevo lugar de trabajo haya una solo puede ser una buena señal. Cruza la calle y entra a *Eterna Cadencia*. Es un lugar pequeño, cálido y, sin pensarlo, va directo a la sección de novelas románticas.

Usualmente, es una sección femenina, pero esa tarde un chico aparece en su campo de visión y toma un ejemplar de *Orgullo y prejuicio*. Siente que el corazón se le derrite.

Ella toma un libro y lo mira, intentando parecer discreta. El chico también la observa, y ella baja la mirada. ¡No puede ser tan lindo! Es algo más grande que ella, ¿cuatro, cinco años quizás? Nunca calcula bien la edad

de la gente. Lleva un buzo grande negro, y sus ojos azul claro la atrapan completamente. Cecily puede ver cómo sus cabellos rojizos se escapan de la capucha.

Si ella se animara, quizás le diría algo. Pero hace rato entendió que el amor que quiere solo se encuentra en un libro, y que en la vida real —en el mejor de los casos— es una distracción llena de problemas. Vuelve a dejar el libro en su lugar y, antes de irse, le dedica una última mirada, entre libros.

Cecily camina a la sección de poesía, pensando en el chico de la capucha. ¿Y si es el amor de su vida? No, no puede ser tan exagerada. Además, mañana comienza a trabajar y solo debe pensar en eso. Nada más.

Toma un libro de suspenso que la atrapa y va a la caja a comprarlo. El señor le entrega una bolsa con un libro.

—Te lo dejó el chico de la capucha —le dice con gentileza.

—¿Seguro que es para mí? —le pregunta Cecily, manteniendo la emoción a raya, a duras penas. Al fin y al cabo, el vendedor podría haberse equivocado.

—Bastante seguro, me dijo “la de la blusa mostaza” y te señaló a vos.

Cecily siente cómo el rubor sube por sus mejillas, le agradece al señor, paga su libro y sale de la tienda.

Abre el ejemplar: es *Gente normal*. Algo está escrito en la primera página.

Mi libro favorito, ojalá te guste.

Si es así, llamame.

Y su número de teléfono.

El corazón le da un vuelco. Es lo más romántico que le pasó jamás, pero no es el momento de dejarse llevar por el amor. Mientras camina hacia la parada del 166 piensa en qué debería hacer. Definitivamente, tiene que guardar el libro y olvidarse de ese chico de ojos azules.

Cincuenta minutos más tarde se encuentra en su casa con el libro entre las manos. Siente que leerlo implica un riesgo: si le gusta, ¿cómo podría evitar llamarlo? Si no le gustara, entonces, se terminaría el problema. Mira la portada. Si el libro tuviera pétalos, podría deshojarlo como una margarita: *lo leo... no lo leo... lo llamo... no lo llamo*. Finalmente suspira, decide que leerá solo un capítulo, para sacarse la intriga. A su lado, Alaska maúlla. Ojalá pudiera entender qué opina.

Un capítulo se convierte en tres, diez, diecisiete. Para cuando vuelve a la realidad, se terminó el libro en una

sentada. Su cara está llena de lágrimas, y su corazón, un poco más pesado que cuando se levantó esa mañana.

Toma el celular y le escribe al instante.

¿Por qué me regalarías un libro tan triste?

Después se da cuenta de que no le había puesto ni un hola, ni un gracias. *Habilidad social, desaprobada... Seguro este chico no va a responderme nunca, piensa.* Pero la notificación llega al instante.

Perdón. Es muy triste, pero si ellos hubieran tenido un poco más de comunicación quizás no sería así.

Cecily sonríe ante la rapidez de su respuesta. ¿Estaría esperando que le escribiera?

Es verdad. Pero por eso me gustó tanto, es uno de los libros más reales que leí.

Sentí lo mismo al leerlo. Me sentía atrapado entre odiar a Connell y entenderlo, porque es humano y tiene mil defectos, como todos.

Yo supe que iba a perdonarlo en cuanto leí que amaba el libro Emma.

A Cecily le suelen aburrir mucho las primeras conversaciones por chat. Generalmente son vacías, las mismas preguntas gastadas de usarlas tantas veces, pero nunca algo así. Nunca le pasó de hablar de libros con un chico que le gustaba.

Si te digo que a mí también me gusta el libro Emma, ¿me vas a perdonar todo?

Divertido y, además, le gusta leer. Definitivamente no puede ser real.

Cecily es buena para muchas cosas: para memorizar citas, para encontrar erratas, para recordar en qué parte de su enorme biblioteca está cada libro, para analizar textos. Pero no es buena para conversar. De ninguna manera. Y menos con un desconocido.

Ese chat era un milagro.



Los mensajes van y vienen sin parar. Incluso cuando tienen muy pocas coincidencias en sus *top ten* de lecturas. Cecily se ríe con las críticas ácidas de este desconocido, con sus réplicas ingeniosas. No puede dejar de hablar: cena con el celular en la mano, levanta la mesa, se acuesta sin soltarlo. En algún momento de la charla comienza a llamarlo Connel, como el protagonista del libro. Aceptando el juego, él la llama Marianne. Pronto, pasan de hablar de Sally Rooney a Jane Austen, de Alice Kellen a Truman Capote, de George R. R. Martin... a sus propias vidas.

Yo soy hija única, ¿y vos?

Lamentablemente tengo un hermano.

Creo que en ese "lamentablemente" puede esconderse una buena historia.

Te diría que una saga completa! Si me aceptás un café podría contarte el capítulo 1.

Suena tentador.

Se siente increíblemente orgullosa de sí misma. Jamás hubiera imaginado que podría mantener una conversación así con un extraño. ¡Y mucho menos que acabarían arreglando una cita! Se verían el viernes en un bar de Palermo. Recién entonces se revelarían sus verdaderos nombres. Mientras tanto, seguirían siendo Connel y Marianne. Todo muy raro... pero romántico también.



Cecily se levanta por las ganas de vomitar antes que por la alarma del despertador. La ansiedad siempre le juega una mala pasada. Y comenzar un trabajo nuevo tiene el primer premio al exceso de nervios. Sobre todo considerando que es el primer trabajo de su vida. Sus mamás le permitieron el lujo de dedicarse a estudiar a tiempo completo, y vaya si lo hizo.

Toma su vestido favorito, azul y negro con rayas rosas, y lo combina con unas botas negras. Ni siquiera le hace falta verse al espejo, sabe que le calza perfecto.

Su cabello, en cambio, no le está haciendo las cosas fáciles. Demasiada humedad, los rulos están indomables.

Toma un peine, el gel, y se arma un apretado rodete.

Alaska ronronea a sus pies; será un gran día, sin dudas. Antes de dejar la habitación, se acerca a su escritorio para tachar su último objetivo conquistado: trabajar en una editorial.

Con la mano en el picaporte de la puerta de salida, da un largo suspiro y se habla a sí misma:

—Cecily, te merecés todo lo que te está pasando. Te mataste estudiando, hiciste mil seminarios, entregaste la tesina. Es hora de cumplir tu sueño. Para eso te preparaste tanto.

Sale de la casa y comienza a caminar hacia la parada del colectivo. Esta vez se pone los auriculares y, en vez de leer, directamente se decide por un audiolibro.



Abre la puerta del edificio y lo primero que la choca es un bullicio inesperado. Definitivamente no es un lugar muy pacífico para trabajar. Siempre imaginó que una editorial sería como una especie de biblioteca, en la que todos hablaban en susurros o permanecían en silencio. Pero en ese

sitio había gente por doquier y muchas personas hablaban muy fuerte.

Se acerca a la recepción y se presenta, intenta no frustrarse. Muchas veces le pasa eso: sueña algo con tantos detalles que cuando la realidad es distinta suele sentirse defraudada. *Tenés que ser un poco menos idealista*, suele decirle su amiga Daniela. Y tiene razón.

Cecily cae de las nubes cuando la recepcionista le comenta que Mariela, una de las editoras, va a recibirla. Ella solo asiente.

—¡Cecily Roy! —grita una mujer de rasgos asiáticos al verla.

Es de estatura mediana y su look es bastante relajado: remera blanca, jeans y una camisa larga rosa pastel.

—Hola, Mariela, un gusto —la saluda.

¿Debería extenderle la mano, como en las películas? No llega a decidirse cuando ya Mariela la está saludando con un beso.

—¿Lista para subirme a esta montaña rusa?

—¡Sí! Definitivamente —anuncia Cecily, muy pero muy, demasiado, nerviosa.

Mariela le comenta que los primeros días son los más complicados, y que justo ingresó en un momento de

transición. Cecily no sabe a qué se refiere, así que simplemente mueve la cabeza en un gesto afirmativo. Suben al primer piso, el lugar donde va a trabajar.

—Tu tarea principal, ahora, es hacernos las cosas fáciles a nosotros. Vamos a mandarte mails para que llenes formularios, a veces tendrás que asistir a reuniones para tomar notas, o hacer cosas como chequear datos en contratos o buscarnos información.

Cecily asiente a todo, aunque no era exactamente el trabajo que ella se imaginaba. Pensaba que formaría parte de grupos creativos, donde idearía proyectos, elegiría historias o seleccionaría los diseños de tapas para los libros.

—Este será tu asiento, y acá a tu lado la tenés a Juana, que ya está con nosotros hace un año, así que va a poder ayudarte en lo que necesites.

Mariela se marcha.

¿Qué se supone que debería hacer ahora? ¡Prácticamente no le dijo nada!

Mira la computadora apagada e imagina que al menos encenderla es lo mínimo que esperarían de ella. Pero ni siquiera sabe su usuario y contraseña.

—Veo tu cara de estrés total, pero sinceramente no tenés de qué preocuparte. Esta es tu compu, la contraseña

la elegís vos y, como te dijo Mari, te van a empezar a llegar mails. A veces solo nos piden que sirvamos café o estar presentes en alguna reunión para que escuchemos.

—Gracias —es la única respuesta de Cecily.

—No hablás mucho, ¿no?

Cecily se ríe, esta chica ya le cae bien y apenas la conoce. No es algo que pase a menudo. Casi siempre las personas suelen incomodarla.

—Vamos a tomar un café así me contás cómo terminaste tu carrera tan rápido.

Juana se levanta de su silla y Cecily la sigue. Bajan las escaleras y llegan al café de la oficina. Todo el estilo del lugar es bastante rústico, y esa diminuta cocina no es la excepción.

—¡No quiero que Armando se vaya! —le dice una chica a otra mientras salen con una taza en sus manos.

—¿Armando? ¿Se refiere al fundador de la editorial? —Apenas lo dice se siente tonta. Es imposible que eso suceda.

—Exacto. Mejor te sirvo un cafecito y te cuento todo sobre el hijo despiadado de Armando, el culpable de que deje su puesto. Creo que no podrías haber entrado aquí en un peor momento.



LEVI

Mientras discute con su papá, Levi se desabrocha el primer botón de la camisa, está muy exaltado.

—Hijo, te juro que no estuve gastando de más —le dice Armando.

—Si no estuviste gastando de más, estuvieron vendiendo de menos. Lo cierto es que resultará imposible lanzar cinco libros el mes que viene. En el mejor de los casos, solo dos.

—No, Levi, ya se lo prometimos a los autores. ¿Qué vamos a decirles?

—Que saldrán más tarde, que no saldrán... no me importa. El contrato no nos obliga a seguir esas promesas. Y entre pagar una imprenta o los sueldos, adiviné qué prefiero.

—¡Es mi palabra! No voy a faltar a mi palabra. Encontraremos la manera.

Levi es el único de la familia que estudió finanzas. Quizás por eso a veces siente que habla en otro idioma.

—Papá, tenés que pensar racionalmente, no tenemos el dinero para afrontar tantos lanzamientos.

—Algo se me va a ocurrir.

Cansado de pelear, Levi se levanta de su silla y se acomoda la camisa blanca dentro de los pantalones negros. A sus veintisiete años y con el promedio con que terminó la carrera, podría estar trabajando en cualquier compañía. Sin embargo, ahí estaba, atado a su legado familiar, que se caía a pedazos.

Desciende hasta la planta baja para servirse un café; el que preparaban ahí siempre estaba menos quemado que el de su piso, que era francamente un asco.

Y entonces la ve.

Es ella. Es la chica de la librería.

Antes de que Cecily lo descubriera, se esconde detrás de un cubículo. Se siente ridículo, pero no quiere ser visto. En ese momento aparece Mariela a su lado.

—¿Quién es la chica del rodete? Nunca la había visto.

—Se llama Cecily, es nueva, trabaja en el primer piso.

—Cecily...



CAPÍTULO 2

CECILY

Cecily abre la puerta de su casa y tira la cartera al piso, totalmente agotada. Desabrocha el primer botón de la pollera de jean y suelta la camiseta negra, que estaba metida prolijamente dentro de la pollera.

Apenas el segundo día de trabajo y ya no puede más con su vida. Ama lo que hace y poder tener la oportunidad de hacerlo, pero a veces la subestimaban por su edad y le daban ganas de quemar todo. Realmente podría hacerlo, nadie sospecharía de ella. Si era un auténtico ángel...

Miró su reloj y, mierda, en media hora llegarían sus madres. Echó un vistazo general al departamento, que era un auténtico caos; tendría que arreglarlo todo lo más rápido posible. Sus madres eran híperpuntuales. Comenzó a recoger los zapatos tirados y llevó los platos sucios a la bacha. Si veían cómo estaba el lugar, Helena comenzaría a regañarla e Isa se preocuparía y le preguntaría si estaba bien, y volvería con el tema del autocuidado y que quizás debería retomar la terapia.

Centró la foto de su abuela Lela, la persona más maravillosa del mundo. Por eso la tenía en el centro del recibidor: ella en la pileta, dentro de un inflable, con una sonrisa gigantesca. Le había pertenecido el departamento donde vivía, y cuando se recibió tan rápido y consiguió un trabajo en una importante editorial, sus madres decidieron regalárselo.

Cecily tomó el parlante rosa y eligió su *playlist* "La protagonista". Por toda la casa se comenzó a escuchar *Please never fall in love again*, de Ollie MN.

Se quitó las sandalias grises y fue a la cocina a hervir fideos. Fideos moñito, obviamente. Calentó una salsa de tuco que compró ya preparada y le echó un poco de pesto encima, ese sí preparado por ella, con la receta de la abuela

Zara. Cuando comenzó a revolver, le saltó encima un poco de salsa roja.

—Esto me pasa por cocinar. Tendría que haber pedido delivery y listo —se dijo a sí misma.

Rápidamente, se quitó la remera y la pollera, y eligió un vestido negro con unas sandalias con toca negras.

Tomó un repasador y le sacó el polvo a su colección de tazas. Cuando tuvo en sus manos la que decía *Salta La Linda*, sonrió. Fue la primera de la colección. Se la había regalado Isabella después de un viaje que hizo a Salta con su empresa.

El timbre suena y ella se alisa el vestido, aunque era inútil hacerlo, ya que no se arrugaba.

—No sabés lo mal que se portó tu prima con Zara —le dice Isa apenas entra a la casa.

—¿Y estos zapatos? —pregunta Helena cuando ve las sandalias que Cecily se había sacado al entrar.

—Mala mía.

Cecily los toma y los lleva casi corriendo a su habitación.

—¿Qué pasó con la prima?

—Se puso a discutir a los gritos con Zara por política. ¡Por política! Dios, totalmente inútil hacer eso con tu abuela. Ya sabemos que solo repite lo que decía mi papá hace veinte años.

El celular de Cecily comienza a sonar y sonrío apenas ve de quién se trata.

¿Cómo va la cena?

—¿Con quién hablás? —le pregunta Isa.

—Con Daniela.

Helena ríe.

—Claramente, tu madre no te cree, y yo tampoco —le responde Isabella burlona, y le pincha el hombro.

—Solo espero que sea un chico que esté a tu altura —aclara Helena antes de entrar a la cocina a inspeccionar la comida.

—Más te vale no conformarte, como lo hiciste con ese rugbier. Tu chico tiene que tener tus ideales, no esa cosa antigua machista. Estudioso, por favor. Que tenga ganas de trabajar. Alguien limpio, además, no podés salir con un descuidado. Y que lea, fundamental que sea un buen lector.



CAPÍTULO 3

CECILY

Con las 18.50 y Cecily abre la puerta del edificio Salinas por segunda vez en el día. Es apenas su tercer día en la oficina pero siente que ha pasado mucho más, por lo cómoda que se siente en el trabajo. Tenían programado el lanzamiento de *Princesa 2.0*, el nuevo libro de la editorial y Mariela le pidió esa mañana que llegara dos horas antes que los invitados. Así que fue a su casa, se quitó la pollera beige y el top blanco, y se puso un vestido de lentejuelas multicolores.

Ahora, mirándose en el espejo del ascensor, sentía que era un poco exagerado. Pero, después de todo, era el lanzamiento de un libro juvenil, ¿no?

Las puertas se abren en el tercer piso y Cecily siente que está ingresando a una fiesta de jubilados. La decoración es casi nula y la oficina parece prácticamente igual que siempre. Se acerca a Mariela y le susurra un tímido hola.

—¡Cecily! ¿Qué te parece cómo quedó todo?

Ella siente que se atraganta por un segundo. ¿Cómo le dice que el lugar se ve sin vida? O miente o se arriesga a que Mariela la odie por siempre.

—Perdón, pero...

—Cecily, habla.

—Creo que no es especial la decoración.

Mariela pone los brazos en jarra y los coloca en su cintura, observando todo.

—¿No es especial? ¡Esta decoración no es nada!

Cecily consigue respirar; al menos piensa igual que ella.

—Pero ya es tarde, van a empezar a llegar todos en dos horas.

—Dos horas es muchísimo tiempo, creeme.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya vuelvo.

Cecily sale de la oficina y recorre las calles en busca de un cotillón. Luego de caminar cinco cuadras encuentra uno y abre las puertas sin dudarlo. Toma coronas de plástico, sorbetes blancos y negros —como la tapa del libro—, globos de los esos colores y vasos con moños divertidos.

Sale del local, llena de bolsas en las manos, y se encuentra un señor con un puesto de pochoclos. La protagonista del libro, Nancy, es fanática de los pochoclos.

—Dame veinte bolsitas de pochoclo —le pide al hombre, y luego llama a su amiga Juana para que la ayude con todo eso.

Cuando el pochoclero le entrega los cartones, se le genera una mueca en la cara: no le gustan para nada, pero ya era tarde para buscar otra cosa. Al llegar, Juana se da cuenta de que tampoco podrían ellas dos solas, así que convoca a dos compañeros más.

Los cuatro se encaminan a la oficina y, al llegar al tercer piso y ver el gran afiche del libro, a Cecily se le ocurre una idea.

—Ya vuelvo —les dice y sube corriendo al cuarto piso, donde están las impresoras a color.

Busca en sus mails la tapa del libro y recorta el título para imprimir varias copias.

Baja con sus compañeros y les pide que peguen las etiquetas en los cartones de los pochoclos.

Todos colaboran para dejar el lugar lo mejor posible. Cecily se sube a una escalera para colgar las coronas y siente que alguien la está mirando, pero no puede darse vuelta porque podría estrellarse contra el piso. Cuando baja, ya no hay nadie.

Se acerca al parlante y conecta su celular; esa mañana creó la playlist perfecta para la ocasión. Comienza a sonar *Purple Hat* de Sofi Tukker.

A las ocho dan por concluido el esfuerzo y se dirigen a la puerta para recibir a los invitados. Cecily mira todo orgullosa; no quedó maravilloso pero mucho mejor que antes, seguro.

Ella da un paso hacia atrás cuando el piso comienza a llenarse. Todos se conocen, empiezan a hablar, y Cecily toma el celular para escribirle a Connel.

¿Te viste la película *Los caballeros*
prefieren a las rubias?

Hola primero
y sí, la vi, es un clásico.

Bueno.

Viste cuando Marilyn dice "es una cosa terrible sentirse sola, especialmente en el medio de la multitud"?

Es exactamente como me siento

Entiendo a la perfección ese sentimiento



LEVI

Un mensaje de Mariela lo saca de su concentración y le pide que baje para ver si está bien el lugar para la presentación. Mira el reloj, son las 19.35.

Termina de escribir un mail, y sale de la oficina. No está en sus planes supervisar esas cosas, pero sabe que, si Mariela le pidió que fuera, es importante.

Al llegar al tercer piso la ve de inmediato. Está subida a la escalera y es un estallido de color en medio de tantos

tonos neutros. Da la vuelta y aprieta el botón del ascensor para volver al octavo piso.

Definitivamente, hoy no asistirá a la presentación. Por suerte, su padre sigue siendo la cara de la empresa y él se encargará de lo protocolar.

Perdón, Mar, no voy a poder bajar.

Decide aprovechar el tiempo que le queda y vuelve a trabajar. Le duele tener que despedir a empleados, pero se da cuenta de que su padre ha estado contratando de más. Mira los perfiles de todos ellos y anota en una lista los cargos que no le cierran, para luego discutirlos con Mariela.

Mensaje de Marianne/Cecily

De inmediato toma el celular y le responde enseguida. Ama hablar con ella, disfruta de pensar cada comentario, de leer los pensamientos de esa chica tan especial. Recién, cuando la vio, se quiso morir... ¿Por qué tenía que ser tan perfecta? ¿Por qué no podía ser suya? Si tan solo pudiera ser algo de ella, más que un x que conoció en una librería...

Suspira al pensar en Cecily, quiere que su amor sea tan perfecto como una hermosa canción romántica.

La tentación lo supera y decide bajar las escaleras para poder admirarla, de lejos aunque más no fuera. Abre la puerta y sus ojos la encuentran al segundo, en una esquina, hablando con una de las chicas del primer piso.

—¡Levi! Qué suerte que te encuentre —le dice un periodista odioso, que se pavonea por ser un crítico.

Él intenta hacer la conversación lo más corta posible y regresa a la oficina.

Recibe otro mensaje.

De qué signo sos?

Me vas a dejar de hablar cuando te enteres, todos me critican

Ahora vas a tener que decirme

Virgo

Si no me cayeras tan bien me vería en la obligación de bloquearte

Levi se ríe, pero su buen humor se disipa cuando piensa en qué le pasaría si ella lo bloqueara. El miedo se apodera de él de solo pensar que eso tan lindo que tienen pudiera convertirse en una triste canción, de esas que te hacen llorar hasta dejarte los ojos hinchados.

Recuerda cuando cortó con su última novia, cuando sus planes se vinieron abajo. No salió de su casa por cuatro días, apagó el celular y se rehusó a hablar con nadie. Al quinto día salió al exterior, espantado de lo mucho que le estaba gustando estar solo.

Le hacía bien el silencio, ya que muchas veces le costaba encontrar las palabras adecuadas para describir lo que estaba sintiendo.

Esa relación lo cambió para siempre, y por más que la hubiera superado, algo le quedó atascado en el corazón. Ese pensamiento que lo atacaba como un pájaro carpintero, ese saber, casi certero, de que no estaba hecho para amar y ser correspondido.



CAPÍTULO 4

LEVI

Levi estaciona frente a la casa de sus padres, pero no se baja del auto de inmediato, todavía resta un minuto de la canción que estaba escuchando.

*You shut your mouth
How can you say
I go about things the wrong way?
I am human and I need to be loved
Just like everybody else does*

Cuando los Smiths dejan de cantar, apaga el motor y toma la bolsa de la panadería.

La que le abre la puerta es su mamá. Instantáneamente lo abraza y el olor a casa lo invade por completo.

—Estás tan grande, mi chiquito.

Ella le acaricia la mejilla y le desabrocha la corbata negra y gris que llevaba ajustada perfectamente.

—Y quítate ese chaleco, estás en casa, no en la oficina.

Levi sigue sus indicaciones, se deshace de su chaleco negro y se queda en camisa. Ve a su hermano en el porche de la casa, fumando y anotando en un cuaderno negro. Bruno despeina su cabello oscuro, mira al cielo y cierra los ojos de una manera atormentada.

—Intentemos no hacer mucho ruido, tu hermano hoy estuvo escribiendo algo nuevo. Se encuentra muy inspirado.

—Tiene su propia casa, donde puede haber todo el silencio que él necesite.

—Pero se inspira más en casa de mamá. Si vos fueras artista lo entenderías, mi amorcito.

Federica le desabrocha los primeros dos botones de la camisa y luego abre el horno para ver el estado de la comida. Levi se pregunta si quizás a su mamá le gustaría

que fuera por la vida todo despeinado y con la camisa arrugada, como su hermanito mayor.

Armando entra a la cocina y abraza a su hijo apenas lo ve. Lleva la yemas de los dedos sucios por la tinta negra de la pluma.

—Qué delicioso ese olor —dice y le da un beso en la mejilla a su mujer.

—*Lasagna* para mi nene —responde ella.

Levi sonríe. Su madre lo quiere, le hace su comida favorita y él es feliz.

Saca de la bolsa blanca la caja con la *carrot cake* que le ha comprado al padre, y un pedazo de *key lime* para su mamá.

—¿Cómo hicimos a un hijo tan perfecto? —dice ella y le da un beso en la mejilla.

—No lo sé, es demasiado perfecto para esta casa de locos —responde Armando, y saca de la vinoteca un malbec.

Levi solo toma un sorbo del vino.

—Hijo, ¿qué me cuentas de las nuevas medidas de Estados Unidos? —le pregunta.

Armando siempre le hablaba de política, o del clima, o de la empresa. Pero no la parte artística, sino la de los números y medidas comerciales que deseaba tomar, y quería saber su opinión. Bueno, más que saber su opinión

quería convencerlo de que lo que pensaba era lo mejor, lo más moralmente correcto.

Bruno abrió la puerta y suspiró, cansado.

—Ahora que está Brunito podemos ir a comer —dijo Federica y le extendió la *lasagna* a Levi para que la llevara a la mesa.

Levi intenta omitir el hecho de que la mamá siempre lo espere a Bruno, con todos sus artificios artísticos.

—Bruno, no te imaginas el increíble libro que estoy leyendo —le dice Armando.

Levi come en silencio, no entiende por qué su papá no le habla de esas cosas. A él le encanta leer, lee todo tipo de libros. Romance, literatura argentina, inglesa, italiana, oriental, rusa. De todo, pero su padre no lo incluye en esas conversaciones.

Vuelve a sentirse un extraño en su propia casa. Es como si, para sus padres, fuera imposible entender que le gustan los números y también lo artístico. Todavía recuerda cuando les contó que no seguiría una carrera orientada al arte. La cara de decepción de sus padres, como preguntándose qué habían hecho mal como para que les saliera un hijo tan cuadrado.

Lo que ambos no sabían era que lo había intentado.

Intentó mucho ser como ellos, pero simplemente no pudo.

Bruno se levantó de la mesa y, tomando su plato para llevarlo a la cocina, les anunció:

—Perdón, familia, muy rica la comida, pero vuelvo a escribir. Estoy encontrando el ritmo justo a la escritura y no lo quiero perder. Puedo tardar meses en recuperarlo si lo dejo pasar.

—Claro, hijo, ve a escribir. No hay nada más lindo en este mundo —le dijo Armando.

Cuando todos terminaron, Levi ayudó a levantar la mesa. Federica lavó los platos y Armando los secó con el repasador color bordó.

En la mesa de la cocina había una foto de él cuando era chiquito, en Cariló: el mar de fondo y Levi sacando la lengua. La mira en silencio y le provoca una oleada de nostalgia el hecho de verse tan feliz, tan libre.

—Recuerdo lo fascinado que estabas con la magia —le dice la mamá.

—Y por el amor, no hablabas de otra cosa que de enamorarse y el significado mayor del enamoramiento —agrega su padre riendo con ganas.

—Ya no hablás de amor —dice Federica.

Levi no responde. Quizás le da un poco de temor.

The Orlando Books surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

Donde las páginas cobran vida.



THEORLANDOBOOKS

www.theorlandobooks.com



THE ORLANDO BOOKS

